

4

DISCURSIVIDADES, TEXTURAS... POLÉMICAS EN LA HISTORIA*

“...La demanda de documentación sirve para evitar que las interpretaciones sensibles se vuelvan irresponsables. Pero usar esa demanda para intentar escapar de nuestra propia relación dialógica con el pasado, significa intentar escapar a nuestra propia historicidad”.

Dominick LaCapra¹

* Publicado en *Texturas*. Año 3, N° 3, CESIL, UNL, Santa Fe, 2003.

¹ La cita pertenece a “Repensar la historia intelectual y leer textos”, un trabajo de LaCapra aparecido originariamente en *History and Theory*, 19. 1980: y reproducido, con la autorización de Wesleyan University y traducción de Horacio Pons, en el tercer apartado de la Antología de *‘Giro lingüístico’ e historia intelectual*, texto editado e introducido por E.J. Palti (U.N. Quilmes, Colección “intersecciones”, 1998:237-93).

El propósito fundamental de este trabajo es considerar, en el marco general de los denominados “análisis críticos” de los discursos sociales, el caso de tres perspectivas teóricas que actualmente se debaten en el interior del campo de los estudios históricos.

Quisiéramos, a su vez, relacionar estas tres orientaciones con determinados ejes de discusión característicos del dominio: la especificidad del discurso historiográfico, la eventual singularidad de su escritura, las pertinencias de su configuración textual y, en tal caso, los procedimientos que la constituyen.

Estas notas podrían ser introducidas a partir del disparador semántico de su epígrafe, considerando, por ejemplo, que si alguna cuestión específica pareciera caracterizar al “hacer científico”, hoy, en esta transición de los milenios, es (precisamente) la confrontación con la relatividad de sus saberes y conocimientos, supeditados casi siempre a la particular “perspectiva” del sujeto que los construye. Con sus permanentes transformaciones, además, dadas en el tiempo y el espacio; o bien, con las múltiples alteraciones a las que, de modo recurrente, se someten sus correspondientes objetos de estudio.

Paradójicamente, sin embargo, la reflexión científica, en los dominios humanístico y social, a menudo reniega de la “subjetividad” del observador y de la constante “movilidad” de lo observado, y continúa empeñándose en postulaciones esencialistas y dicotómicas, de herencia positivista o raigambre maniquea.

Nos parece que seguir pensando en tales términos las cuestiones e intereses generales del campo de las ciencias humanas y sociales únicamente puede (suele hacerlo) orientar la actividad por un estrecho andarivel sin salida.

Contrariamente, creemos que sólo reconvirtiendo las disyuntivas dualistas en propuestas “argumentativas”, más dialécticas y tolerantes respecto de la complejidad de sus fenómenos, sería posible aprehender (efectivamente) los problemas y considerarlos desde posturas más asequibles (es decir, respetuosas) de aquel “perspectivismo”.

Por caso (entre muchos otros), la problemática cuestión de las transposiciones y relaciones interdiscursivas que pueden ser establecidas entre diferentes manifestaciones textuales: literarias, audiovisuales, didácticas, también histo-

riográficas;² las que, por lo menos estas últimas, muy posiblemente demandarían reconceptualizar determinadas apuestas teóricas, de ninguna manera infrecuentes en el ámbito de los estudios históricos. Todo ello a propósito, por ejemplo, de las “inconsistencias” del narrativismo, o respecto de la excesiva “simplificación” metodológica que proveen algunas categorías analíticas sobre el relato, o el inusitado requerimiento de tipologías discursivas “diferentes” de la textualización narrativa; para dar efectiva cuenta de “las verdades” de la historia y sus específicos “modos de explicación”.

1. ACERCA DE LA CUESTIÓN NARRATIVA

Relacionado con lo anterior, el propósito de este trabajo (ya se dijo) es considerar, una vez situados en el marco general de los denominados “análisis críticos” de los discursos sociales, el caso de tres perspectivas teóricas que actualmente se debaten en el interior del campo de los estudios históricos. A su vez, quisiéramos vincular estas tres orientaciones a determinados ejes de discusión, especialmente característicos del dominio: la especificidad del discurso historiográfico, la eventual singularidad de su escritura, las pertinencias de su configuración textual y, en tal caso, los procedimientos que la constituyen.

Estos aspectos impregnan, en la actualidad, algunos de los debates teóricos acerca de los modos de “construcción y representación” de los “saberes y explicaciones” de la historia. Pero también connotan, en nuestra opinión, el reconocimiento de nuevas dimensiones y categorías de análisis que, en definitiva, permiten reconceptualizar la ya tradicional polémica, existente en el

² En otra oportunidad (cuando también tratamos estas cuestiones), a la vez que delimitar espacio teórico de interacción disciplinar, procuramos contextualizar una agenda de principales puntos de partida conceptuales y metodológicos para el abordaje del problema. Unos y otros se vinculan entonces con una perspectiva semiótica aplicada a determinados desenvolvimientos del “análisis del discurso” y algunas particulares contribuciones de la “teoría narratológica”, cf. Caudana, C. (1999) *La construcción del relato como objeto de la historia: estrategias referenciales y operatorias narrativas*. (“Documento de trabajo” Nro. 12 del Programa de Estudios interdisciplinarios de Historia Social), Santa Fe, UNL/PEIHS).

dominio de la historiografía, en torno de la “cuestión referencial” (la “verdad” de los saberes de la historia) y el “problema de la narratividad”.

En efecto, entre otros intereses más o menos recurrentes, reaparecen hoy en el campo de las teorías de la historia por lo menos dos tipos de cuestiones. Por un lado, la delimitación de ciertas marcas de especificidad discursivas según las cuales (se sostiene) sería posible tipologizar al discurso historiográfico como una entidad particular, diferencial y “específica”. Por otro lado, la singularidad de los procedimientos constitutivos de dicho discurso: esto es, sus formas inherentes de exposición y transmisión que permitirían dar cuenta de los conocimientos producidos y los resultados de su investigación.

En relación con uno y otro planteamiento, que reaparecen con periódica frecuencia, se han venido derivando en dicho dominio otras dos cuestiones también concurrentes. En primer lugar, el interrogante acerca de si “el discurso del historiador puede [verdaderamente] representar el pasado” (dicho de otro modo, dar cuenta de su conocimiento y, de alguna manera, representarlo en o para nuestro entendimiento) o si, en cambio, se trata de “un discurso arbitrario, que tiene su propio ‘significado’ autónomo”, sin ninguna otra referencia externa.

En segundo lugar, si la narrativa es la forma idónea de representación de lo histórico, o si es posible una escritura de la historia que no sea narrativa; esto es, si la narrativa es una forma subordinada y antigua de representación, como [lo] ha creído la posición antinarrativista, o si por el contrario, es la única forma plausible de hacerlo.³

A propósito de estos interrogantes ya anticipamos, en otro lugar, algunas reflexiones en torno de la cuestión narrativa como objeto de “construcción y representación del conocimiento histórico” (Caudana, 1999: 45). Hicimos entonces referencia a distintos constituyentes de una compleja estructura (lo que entendemos como relato histórico), e indagamos en las virtuales contribuciones de algunos modelos de integración teórico-metodológica que, aunque producidos en el dominio narratológico general, pudieran ser singularmente aprovechados por el campo historiográfico.

En particular, consideramos los posibles aportes de la “teoría semiótica de la significación textual”, con algunas de sus principales operatorias conceptuales

³ Aróstegui, J. (1995): *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica, pp. 250-251.

y metodológicas, en tanto que tales contribuciones podrían favorecer, a través de sucesivas prácticas heurísticas e interpretativas, el trabajo historiográfico con diversos “materiales” de carácter “documental”.

Concluíamos entonces, el relato histórico se postula como un proceso generativo textual, que sólo puede ser comprendido e interpretado si se lo acompaña en su recorrido y se lo aborda, con una perspectiva integradora, en su dualidad de acontecer narrado y forma de ser contado. Esto es: identificar los diferentes códigos que construyen su funcionamiento, estructurarlos y relacionarlos, a fin de dar cuenta de la polifonía textual que lo soporta y constituye (...).

Indudablemente: puede haber maneras asépticas de abordar las estructuras narrativas y discursivas del relato histórico [desentendidas] del significado y que escamotean su esencial historicidad: no es esa parálisis del sentido lo que aquí sugerimos (...). Para nosotros, un ejercicio cauteloso con aquellas herramientas debiera permitirnos reconocer los trayectos que...el texto nos invita a recorrer, para descubrir (una y otra vez) el sentido de la historia.

2. SOBRE CONSTRUCCIONES Y REPRESENTACIONES

Tal vez cabría aclarar aquí, antes de seguir avanzando, que todos estos señalamientos exceden (obviamente) el mero registro informativo de los “contenidos” de la historia: la descripción de sus acontecimientos y procesos, del movimiento temporal de los “estados” sociales, de sus permanencias, sus cambios o transformaciones..., que focalizan, en realidad, otra dimensión esencial a la misma práctica historiográfica; la “construcción y representación” de sus saberes.

Esta “dimensión explicativa” de la historia no sólo se “compromete” con los resultados o productos finales de la investigación (la composición, la estructura y el estilo de los “documentos” históricos), sino que se implica y “contamina”, podría decirse, mediante procedimientos y “marcas” específicas, con sus “procesos de producción y recepción”. Indicios, estos, que se ponen de manifiesto y evidencian (de alguna manera) en la “transmisión del saber a través de un texto”. Porque tienen que ver con la índole particular que reviste la “construcción de su discurso”.

Es en este sentido que nos referiremos al perfil antagónico que han adquirido ciertas contribuciones efectuadas, en las últimas décadas y en el propio ámbito historiográfico⁴, por exponentes de una corriente que se autodesigna como “teoría crítica” (o analítica) de la historia, e incluso por los representantes de la denominada “nueva” filosofía de la historia.

Más allá de sus matices o diferencias, unos y otros aportes se vinculan a un “enfoque constructivista” del objeto histórico, así como de los problemas de la escritura y la configuración textual de sus “documentos”. Unos y otros, también, se orientan al reconocimiento de “la pertenencia de la historia al género del relato” –como sostuvo más recientemente Chartier–, entendido éste en el sentido aristotélico de ‘poner en intriga acciones representadas’ (Aróstegui, 1995). Tal afirmación no fue fácil de aceptar para aquéllos que, al negar la historia de los eventos en favor de una historia estructural y cuantificada, pensaban que habían terminado con las falsas apariencias de la narración, y con la muy grande y dudosa proximidad entre la historia y la fábula.

Unos y otros, han merecido además una serie de réplicas, reservas u objeciones por parte de los que sostienen una “posición antinarrativista” en el mismo campo, quienes postulan que estas perspectivas y elaboraciones se deben sólo a una “excesiva” influencia ejercida por las teorías pragmáticas y textuales que han devenido del campo de las ciencias del lenguaje y la literatura (Chartier, 1997: 197)

De estos señalamientos se derivaron, sin embargo, consecuencias de suma importancia. La necesidad de replantear, por un lado, el debate acerca del

⁴ Para un recorrido analítico-crítico de las distintas contribuciones consideradas en este trabajo, proponemos el siguiente repertorio de autores y obras existentes en versión castellana, el cual permite complementar a su vez las restantes referencias y notas bibliográficas. Dicho repertorio incluye desde algunos textos pioneros de P. Veyne (1984) *Cómo se escribe la historia*. Madrid: Alianza; Jameson, F. (1980) *La cárcel del lenguaje*. Barcelona: Ariel; White, H. (1992) *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del Siglo XXI*. México: Fondo de Cultura Económica; De Certeau, M. (1993) *La escultura de la historia*. México: Univ. Iberoamericana; Foucault, M. (1987) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets...; hasta los más recientes Ricoeur, P. (1987) *Tiempo y narración*. Madrid: Cristiandad], 3 ts. aparecidos entre 1983-5), De Certeau, M. (1995). *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*. México: Univ. Iberoamericana, White, h. (1992) *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós, Jameson, F. (1991) *Teoría de la posmodernidad*. Madrid: Trotta, Ranciere, J. (1993) *Los nombres de la historia: una poética del saber*. Buenos Aires: Nueva Visión.

“retorno del acontecimiento histórico” y sobre el denominado “resurgimiento del relato” (que en realidad tiene que ver con el desplazamiento de “ciertas formas narrativas en detrimento de otras, más tradicionales”, como continúa diciendo Chartier); y por otro, de “identificar las propiedades específicas de la narración histórica” en relación con las demás narrativas.

Sólo una vez que se hubo des-ocultado la “idea de narratividad” (nunca reconocida, y con frecuencia solapada, por “los regímenes de historicidad que postulan una identidad sin distancia entre los acontecimientos históricos y el discurso que se encarga de restituirlos”), y que se hubo tomado suficiente conciencia del distanciamiento “que siempre existe entre el pasado y su representación”..., recién entonces se inició la reflexión en el campo historiográfico “sobre las características comunes a toda narrativa y las singularidades propias de las narraciones que se dan como históricas” (Descombes: 1977).

En el contexto de estos planteamientos adquiere un nuevo sentido lo que ya sostuviera, hace más de dos décadas, Descombes:

“La teoría del relato, candidata eventual a la dignidad de teoría general del discurso, descansa sobre la hipótesis de una traducción posible entre el relato llamado histórico y el relato llamado ficticio. Antes, se buscaba en el relato ficticio una manera de reflejar las convulsiones de la historia: las ficciones aparecen como el modo narrativo en el cual los actores y las víctimas de la historia encuentran el modo de representarse lo que les ocurre. En última instancia, el relato histórico (la ciencia de la historia) debía absorber el relato ficticio (de la epopeya o la novela) puesto que el historiador volvería a encontrar sus acontecimientos (...) en los acontecimientos de la ficción. Hoy nos inclinamos más bien a encontrar el relato ficticio en el relato histórico: posición evidentemente más plena de sentido, si nos atenemos a la definición del mito según Aristóteles, pero que lleva al límite de eliminar el acontecimiento” (Descombes, 1977:72)

Retomando la perspectiva de Chartier: esta “conciencia de la dimensión narrativa de la historia condujo incluso a algunos [historiadores] a pensar que la historia tal y como la escriben no se puede diferenciar de ninguna manera de la ficción”. Obviamente, Chartier polemiza con dicha postura y se plantea los riesgos de “borrar” toda diferencia entre “un saber histórico controlable,

verificable, universal, y las reconstrucciones que refuerzan las memorias particulares". Se pregunta, a este respecto, si sería posible resistirse a tal deriva, "peligrosa para el estatuto científico de la historia, reafirmando sólo la dimensión crítica de la disciplina". O si, para ello, no sería necesario emprender otro tipo de reflexiones, puesto que ya no se puede pensar [al saber histórico] como una sencilla reproducción o equivalencia entre un objeto y un discurso, entre el pasado y su representación en la narración histórica (Chartier: 1996, 55-72).

A este otro tipo de emprendimiento reflexivo responde también la propuesta de nuestro trabajo: dando cuenta, sin pretensión de exhaustividad, de tres situaciones o casos controversiales que, si bien establecidos en el interior mismo de la discusión del campo de los estudios históricos, se sitúan respectivamente en los ámbitos de

- 1 > *la historiografía francesa,*
- 2 > *la historiografía anglosajona.*

O bien, a través de algunas "nuevas" y singulares versiones, aparecidas en el dominio de

- 3 > *la filosofía de la historia.*

3. EL PRIMER CASO

En primer lugar, haremos referencia a cierto estado "deliberativo" de la cuestión, que ya se había planteado en el campo de la historiografía francesa de los años setenta, a raíz de las provocativas propuestas de Veyne (1971) en torno de las vinculaciones de la historia con las formas literarias. Para Veyne, la historia construye su discurso según procesos narrativos "que reorganizan y reordenan los pasos y las operaciones de la investigación", cuyas explicaciones sólo son "la manera de que dispone el relato para organizarse en una intriga inteligible".

La propuesta de Veyne se resitúa y adquiere nueva direccionalidad con las réplicas de Michel de Certeau (1975), para quien lo que determina la operación historiográfica no es una "elección" subjetiva del historiador, sino su "posición" dentro de la institución del saber a la que pertenece. Lo que otorga coherencia discursiva a la operación no es entonces el "respeto" a la forma literaria, sino las prácticas específicas que determinan las "técnicas" de la disciplina.

De Certeau reformula, así, la tensión intrínseca a toda operación historiográfica. Es decir: pensar la historia como una práctica científica y, al mismo tiempo, identificar las variaciones de sus procedimientos técnicos, los constreñimientos que le imponen el lugar social y la institución del saber donde es ejercida, o incluso las reglas obligadas de su escritura. Esto es: considerar la historia a la vez como un discurso en el que intervienen construcciones, composiciones, figuras que son las de la escritura narrativa, por lo tanto de la ficción, y a la vez, como una producción de enunciados que aspiran a un estatus de verdad y verificabilidad, por lo tanto científicos (si es que por ellos se entiende, en términos de Certeau) la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permitan controlar operaciones proporcionadas a la producción de objetos determinados.

La discusión vuelve a instalarse en la década del ochenta con algunas reflexiones que, como las de Ricoeur (1983-1985) “señalan la pertenencia de la historia, en todas sus formas, aún las más estructurales y las menos dedicadas a lo fáctico, al campo de lo narrativo”. Se revaloriza de esta manera la polémica suscitada, con la aparición de *Metahistory* de White (1973), en el ámbito de la historiografía anglosajona.

Frente a los postulados de White, respecto de que, por ejemplo, las narraciones históricas constituyen “ficciones verbales”, contenidos “inventados”, cuyas formas tienen más en común con la contraparte literaria que con la científica, Ricoeur plantea la imposibilidad de separar el hecho histórico de la trama narrativa, ya que ésta constituye “el conjunto de combinaciones mediante las cuales los acontecimientos se transforman en una historia”.

Esto quiere decir que porque la trama es “la mediadora entre el acontecimiento y la historia”, según dice Ricoeur, la narración histórica en tanto relato y acontecimiento, da cuenta de un doble sometimiento a los principios de “coherencia” (narrativa) y de “conformidad” (con los documentos).

Confrontando ambas posiciones, Chartier (1997) adhiere a la postura de Ricoeur, a la vez que retoma los planteos de Certeau: el objetivo de un “conocimiento específico es constitutivo de la intencionalidad histórica misma” y dicha “intencionalidad referencial” es la que fundamenta “las operaciones técnicas” de la disciplina historiográfica: “elecciones de fuentes, construcción de datos, producción de hipótesis, crítica y verificación de resultados”, etcétera.

Esto significa plantear una doble dependencia del trabajo del historiador; al margen de que su escritura siga (o no) el “modelo” de la literatura.

En síntesis, esta doble dependencia se relaciona, por un lado, “con [la actividad en] el archivo”: los documentos y su escritura, los cuales registran, al mismo tiempo, las “huellas” de la construcción del objeto histórico (que a su vez re-construye el pasado) y las “marcas” del proceso de producción/recepción del objeto textual que lo “refiere”.

Por otro lado, se vincula “a los criterios de cientificidad”, característicos del oficio del historiador, que sustentan aquella actividad: la producción de “operatorias” técnicas y su “normativa” de control, propias del correspondiente encuadramiento disciplinar.

4. LA SEGUNDA PERSPECTIVA

La segunda situación que habremos de referir se da en el ámbito específico de la historiografía anglosajona (Palti, 1998) en la cual, aunque con variantes y diferencias respecto de lo anterior, se plantea un nuevo debate sobre problemáticas relativamente equivalentes.

A comienzos de los '70, a pesar de que ya se admitía el carácter “constructivo” y “negociador” de los hechos narrados (con Geertz o Skinner, por ejemplo), no se alcanzaba a cuestionar el supuesto de que, bajo la superficie textual existía un “objeto estable” para la investigación histórica.

Sólo en este contexto puede entenderse el verdadero escándalo producido por la aparición de *Metahistoria* de White y su contundente afirmación.

“A fin de concebir lo que realmente ocurrió en el pasado, el historiador debe primero prefigurar el conjunto completo de los acontecimientos reportados en los documentos, como un posible objeto de conocimiento: este acto prefigurativo es poético en la medida en que es precognitivo y precrítico”.

Partiendo de esta premisa, H. White postula lo siguiente:

1 > penetrar en la “estructura profunda” de los relatos del pasado, sustituyendo los enfoques habituales (pasar de los contenidos a las formas del pensamiento histórico, de la lógica a la retórica);

- 2 > relacionar los usos figurativos del lenguaje con los niveles de descripción e interpretación explícita en las narraciones en prosa de la historia;
- 3 > desarrollar una tipología tipológica de los géneros y estilos historiográficos, según sus estrategias narrativas y sus correspondientes efectos explicativos; etc.

Desde una postura crítica (similar a la que Derrida ensayara respecto de Foucault y Lévy-Strauss), La Capra impugna aquella “teoría tropológica” de White, porque queda atrapada –dice– en “el mismo marco de referencia de las perspectivas científicas que invierte”. El principio que la informa “como fundamento de la retórica y la narrativa, es un estructuralismo generativo que [sólo] presenta un nivel determinado de discurso” (el de los tropos), que aparece en definitiva como determinante de estructuras estáticas, homogéneas y objetivas.

La Capra propone, en cambio, concebir a los textos como procesos que interactúan en un espacio de fragmentaciones (es decir, como “escenarios de conflictos y contestaciones internas que desgarran sus tendencias homogeneizantes”), y a la labor del crítico como una actividad esencialmente dialógica. Asimismo sostiene que, porque no hay un afuera-del-texto (esto, que no hay un contexto que no esté, de alguna manera, textualizado), en la construcción textual el lenguaje “ejecuta” su característica dimensión preformativa, a la vez constitutiva y creadora de “nuevas” realidades.

Jameson, por su parte, cuestiona los márgenes de la “absolutización” textual. Propugna una tarea analítica que, al transponer el estudio de las articulaciones textuales, se resitúa en la consideración de los modos en que dichos textos se constituyen históricamente, ya que sus tendencias encontradas no deben ser buscadas en la “estructura profunda” del texto sino que se manifiestan en su misma “superficie textual”.

El contenido no necesita ser tratado o interpretado –dice Jameson– porque él mismo es esencial e inmediatamente significativo... El contenido es ya concreto, en el sentido en que es esencialmente la experiencia histórica y social... Esta revelación consiste en una explicación de por qué tal contenido fue distorsionado de un modo particular, es, pues, inseparable de una descripción del mecanismo de la censura misma.

5. LA TERCERA SITUACIÓN

El tercero de los casos, finalmente, se configura en torno de “nuevas” versiones de la filosofía de la historia, que procuran hacerse cargo –como dice Szabón (1998, 139-146)– del “carácter sustitutivo” que inevitablemente poseen los textos historiográficos. Postulan el “carácter autorreferencial” de todo lenguaje narrativo y la “indeterminabilidad de su conexión” con las cuestiones extratextuales.

Considerando que el pasado constituye, por definición, una realidad ausente, sólo es posible pronunciarse o expedirse acerca de la “pregnancia significativa” del texto mismo; esto es: sobre la interpretación del sentido que se añade a lo fáctico, que adquiere así una entidad propia la cual debe ser juzgada a partir de sus propios principios y cualidades formales.

Al revalorizar –y superar, al mismo tiempo– las postulaciones de White, la “nueva” filosofía se desentiende de los problemas de la explicación histórica, de la causalidad, de la verdad, de la justificación, de la argumentación..., y reconceptualiza “las unidades discursivas en términos de representación”, con lo cual se propone un acercamiento a la escritura de la historia desde el punto de vista de la estética.

Dentro de esta formulación programática general se inserta un amplio arco de posibilidades y matices. Desde abordar los atributos de una filosofía de la narratividad, hasta afirmar la oclusión del referente histórico y su desplazamiento por el significante textual figurado. Desde proponer una “filosofía narrativa firme y consistente que sostenga el ‘peso’ de la práctica de la historia” –con Ankersmit, por ejemplo– hasta un moderado “principio de codeterminación” (Gossman) según el cual “la narrativa determina la evidencia en la misma medida en que la evidencia determina la narrativa”.

Posibilidades y matices que desechan la tradicional perspectiva especulativa o dogmática de la filosofía de la historia, a la vez que buscan diferenciarse de los supuestos y tesis del criticismo analítico y la hermenéutica fenomenológica. Consuman, en definitiva, el proceso que va desde “la transición de la historia-objeto a la metahistoria, y del interés por el sentido [del pasado] a la inspección formal de las modalidades discursivas en que ese interés se manifiesta”.

A diferencia de la “tradicional” filosofía de la historia, inspirada en el pensamiento teológico, metafísico, científico-natural o científico-social (y, en sus

recientes versiones críticas, en criterios epistemológicos), la nueva orientación, –concluye Sazbón– extrae sus recursos de la teoría y la práctica de las artes y la literatura, pero en un estado...en que ya han sido impregnados o cribados por el formalismo estructuralista y el antifuncionalismo deconstruccionista.

6. ALGUNAS CONCLUSIONES PROVISORIAS

Todos estos interrogantes y discusiones⁵ planteados en el campo mismo de la historiografía, y sus vinculaciones con los “tópicos” de la narratividad y la referencialidad en tanto modos de construcción y representación del conocimiento histórico, atañen en última instancia a determinadas prácticas desarrolladas en el “laboratorio” del historiador.

Tienen que ver con *la “materia y la forma”* (el lenguaje, la escritura, el estilo...) en las que el mismo “expone, explica y comunica” los resultados concebidos a través de su investigación: prácticas que, en lo esencial, tanto en ésta como en restantes disciplinas sociales, siguen estando básicamente “sujetas” a las constricciones y virtualidades del discurso verbal.

En consecuencia, los debates en torno de tales asuntos desbordan el estricto campo historiográfico e impregnan casi todo el dominio especulativo humanístico. Lo que se ha denominado (quizás con énfasis excesivo) “el ‘giro lingüístico’ de las ciencias sociales” reconsidera en realidad los cambios sustanciales operados en la concepción misma del lenguaje.

Un lenguaje no sólo entendido como simple “medio” transmisor de informaciones o como “vehículo” transpositivo, relativamente “neutro” (exento de implicancias ideológicas) y *transparente* (mero reflejo de otras-cosas que no sean el lenguaje mismo) en su representación de las “objetivas-realidades-exteriores”.

⁵ Al respecto, y como queda dicho, no era nuestro propósito profundizar aquí críticamente en todas las implicancias de las cuestiones en debate. Sólo intentamos referenciar, sintéticamente y apelando a líneas esquemáticas del planteo, los principales andariveles y algunos enunciados de la discusión, valiéndonos del aporte de R. Chartier, E. Palti y J. Sazbón a propósito de los respectivos casos en consideración.

Esta impugnación a la noción “idealista” del lenguaje redefine las interacciones que se “juegan” entre lo subjetivo y lo objetivo; que se involucran en el carácter de práctica social y productiva, propia de toda discursividad verbal; que se asocian con las adecuaciones existentes entre lenguaje y realidad, con la recuperación de la “experiencia de mundo” que reside en el lenguaje; en “los” lenguajes.

Con estas “refiguraciones del pensamiento social”⁶ no sólo se desplazan los ejes de la investigación historiográfica hacia los modos de producción, apropiación, consumo y circulación o transmisión social de “sentidos”, en diferentes periodos históricos y contextos culturales; sino que dicha actividad disciplinar, hasta entonces “específica”, comienza a involucrarse en relaciones interdiscursivas con otros dominios del campo social, que ciertamente también solían concebirse como espacios de relativa “clausura”: filosofía, lingüística, teoría literaria, semiótica, psicoanálisis, antropología...

Al contrario de lo que, en principio, podría pensarse participando de estos “tráficos” interdisciplinarios, la producción historiográfica se enriquece y pluraliza. Configura nuevas redes de posibles significados, en las cuales el lenguaje no será simplemente vehículo para representar “realidades exteriores y/o anteriores”, sino que deviene “constitutivo” de la propia “experiencia constructiva del pensamiento histórico” y, como tal, la “presentifica”.

Necesariamente implicada en este campo de interacciones, una vez más –por fuerza– habrá de problematizarse la cuestión de “la verdad en-la-historia”. Lógicamente que, por identidad disciplinar, no renuncia el historiador a pretender que su tarea procure la objetividad⁷.

⁶ Estas consideraciones críticas permitirían redefinir la naturaleza de la investigación histórica, porque llaman la atención sobre la entidad problemática de nuestras representaciones. Ya Clifford Geertz había sostenido que el “giro lingüístico” no sólo reformula tópicos y áreas tradicionales de investigación, sino que importa una ‘re-figuración del pensamiento social’ en su conjunto (Palti, 1998:21). Pierden su sentido antiguas antinomias, o se “quebran” (no desaparecen, sino que demandan ser reformuladas las polaridades sustentadas, por ejemplo, entre sujeto y objeto de estudio.

⁷ Interesados en pensar (desde las pertinencias –y también los condicionamientos– de este espacio interdisciplinar) dicho campo de tensiones fundamentales en que parecieran desenvolverse las prácticas historiográficas, y en explorar sus posibles “diferencias” pero con otra “extensión”, quizás podrían reconceptualizarse estas cuestiones relativas a la noción de verdad de la historia en términos de objetividad e imparcialidad, “ya que el historiador no puede obviar ni deformar deliberadamente los resultados de su investigación, pero opera en un espacio donde interactúan su específico saber y las ideologías, las exigencias de la escritura y sus propias creencias, especialmente al efectuar relaciones causales que implican jerarquización y valoración”. (Calabrese, 1994: 57).

Pero, ¿cuáles son sus alcances, considerando la índole constructiva del objeto a investigar, cuáles sus límites, habida cuenta de que el discurso histórico, en tanto práctica social, es sólo uno más de los que se “entrecruzan” en la trama múltiple de los discursos sociales?

Comprometido el historiador con sus propias creencias y valoraciones, ¿cómo pueden articularse noción de verdad y apropiación subjetiva de los saberes, en un campo en que se opera (se manipula) con el conocimiento?

Constituido él mismo en los encuadres de su disciplina e inmerso en las connotaciones del imaginario de su presente, ¿desde qué perspectiva de verdad histórica puede proponerse re-construir el pasado?

Todas estas reconceptualizaciones abren, indudablemente, posibilidades de generar nuevos y complejos debates, en los que la “dimensión crítica” se vuelve (una y otra vez) sobre sí misma, transformando en “objeto de estudio” lo que eran sus aprioris, los supuestos y categorías de análisis hasta entonces aceptados como válidos.

Así, el investigador de los acontecimientos-en-proceso de la historia, como todo cuentista social, por otra parte: debe distanciarse [no sólo de la experiencia y sus representaciones, sino también provocar un segundo distanciamiento], poner en cuestión los presupuestos inherentes a la posición del observador [presuntamente] objetivo quien, buscando interpretar las prácticas, tiende a proyectar en el objeto los principios de su propia relación con el objeto... (Bourdieu citado por en Palti, 1998: 158)

Ahora bien: “...si consideramos que [esto connota el riesgo de constituir] un círculo vicioso, y preparamos los medios para eludirlo... entonces [podríamos decir que] el acto de entender ha sido malentendido desde el principio mismo” (las palabras son, aquí, de Heidegger).